

# COLMILLOS

**Salvador Macip y Sebastià Roig**

**Traducción de Yolanda Porter**

LUNA  ROJA

Un jurado formado por Sebastià Alzamora, Francesc Miralles, Ricard Ruiz, Marta Luna y Olga Federico concedió a esta obra el 37º premio Joaquim Ruyra de narrativa juvenil.

Primera edición: marzo de 2011

Diseño de cubierta e interior: MBC  
Maquetación: Marquès, SL

Edición: Marcelo E. Mazzanti  
Coordinación editorial: Anna Pérez i Mir  
Dirección editorial: Iolanda Batallé Prats

© Salvador Macip Maresma y Sebastià Roig Casamitjana, 2011, por el texto  
Autores representados por Silvia Bastos, S.L. Agencia literaria  
© Yolanda Porter, por la traducción  
© Shutterstock, por las fotografías de cubierta  
© La Galera, SAU Editorial, 2011  
por la edición en lengua castellana

*Luna roja* es un sello de la editorial La Galera

La Galera, SAU Editorial  
Josep Pla, 95 - 08019 Barcelona  
www.editorial-lagalera.com  
lagalera@grec.com

Impreso en Egedsa  
Roís de Corella, 16  
08205 Sabadell

Depósito legal: B-3.468-2011  
Impreso en la UE

ISBN: 978-84-246-3753-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra queda rigurosamente prohibida y estará sometida a las sanciones establecidas por la ley. El editor faculta a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) para que pueda autorizar la fotocopia o el escaneado de algún fragmento a las personas que estén interesadas en ello.

## -Ahora-

Las fuerzas se le están agotando, pero sigue adelante.

Siente punzadas en el pecho, también en los brazos y los tobillos. La cabeza le da vueltas. No se detiene: no puede dejar que lo atrapen.

Las encinas han quedado atrás, justo a la entrada del pueblo. Encuentra el pequeño paseo medio desierto. Es demasiado pronto. Todo el mundo debe de estar aún durmiendo.

Atraviesa la avenida tan rápido como puede. Le fallan las fuerzas un momento, tropieza y está a punto de caerse.

Desde detrás de la ventana del bar, al fondo de la plazuela, dos personas siguen la trayectoria errática del chico. El propietario, que prepara un café, y un cliente madrugador con pocas ganas de ir al trabajo.

El televisor emite un reportaje de animales salvajes sin que nadie le preste demasiada atención.

El cliente repiquetea sobre la barra con los dedos.

—¿Quién debe de ser ese payaso?

El dueño se encoge de hombros.

—Ni idea. Tiene mala pinta.

—Quizás es uno de esos okupas...

—¿Un okupa? ¿Aquí? Nah, los okupas son cosa de ciudad. Un colgado, eso es lo que es.

El chico se acerca tambaleándose a la terraza del bar. Resopla como un animal a punto de ser sacrificado. Se abre paso entre las mesas y las sillas como si no las viera. Tumba las que se encuentran en el camino invisible que se ha trazado.

Tiene el pelo, la frente y las mejillas cubiertos de un barro espeso. Lleva una camiseta de manga corta llena de rasgaduras y lamparones.

Se detiene a un palmo de la fachada y apoya la mano derecha en el cristal, como si buscara dónde agarrarse para no perder el equilibrio. Agotado, cierra los ojos.

El cansancio lo inunda de repente. Las piernas se le doblan y cae de espaldas. La huella de la mano queda marcada sobre el ventanal, el último testigo de un cuerpo que ha dicho basta.

Dentro del bar, los dos hombres pegan un salto.

—¡Hostias!

—Empezamos bien el día...

Salen corriendo a ayudarlo.

Cuando han conseguido que se siente en una silla de la terraza, encarada hacia el bar, el dueño saca el móvil y marca un número.

—Vamos, vamos...

Mientras, el cliente le da golpecitos en la cara. El chico abre los ojos poco a poco. Las órbitas son un mapa lleno de venas finas y rojas.

Los labios, cubiertos de costras blancas, parecen quema-

dos por el sol. Las manchas de barro de los brazos no llegan a disimular una colección de moratones y llagas, arañazos y cortes con una pátina de sangre seca encima.

El hombre le ofrece un vaso de agua fresca.

—Toma, chaval. Te sentará bien.

El chico mira al vacío. Tiene dificultades para enfocar la figura que le está hablando. No hace ningún gesto para coger el vaso.

El dueño deja el móvil.

—Ahora mandan a alguien.

El chico cierra los ojos e inspira profundamente.

El municipal no tarda ni medio minuto en llegar. Saluda antes de agacharse al lado del joven exhausto. Le examina la cara magullada, las heridas y las marcas del cuerpo.

—Joder... Te has escapado de una buena, ¿eh? Tranquilo: en seguida te llevo a que te vea un médico.

A continuación le hace una serie de preguntas. Con un tono suave, mostrando preocupación por él. El chico ni lo oye.

Ante el muro de silencio que recibe como toda respuesta, el municipal se las repite. Con calma. Dos, tres, cuatro veces. Pero no puede arrancarle ni una sílaba. Como si le hubieran cosido la boca. Como si su mente estuviera en otro lugar.

Decide cambiar de estrategia. Le pide con firmeza que vacíe los bolsillos. Nada. La misma mirada ausente, catatónica, fija en el ventanal del bar.

El agente refunfuña y le revuelve los vaqueros rotos, sin que el chico oponga ninguna resistencia.

Acaba de inmediato. Solo encuentra un billete de avión

arrugado. El nombre del viajero no se puede leer bien. Por mucho que se esfuerza, solo descifra algunas letras aisladas. No será suficiente.

-Solo Sólo quiero saber cómo te llamas...

No hay respuesta.

-¿Qué te ha pasado? ¿Quién te ha hecho esto?

Los ojos del chico parpadean, como si se hubiera despertado de repente. Esquivan los del municipal y se paran en un punto elevado, detrás de él. Alza las cejas sorprendido. Las pupilas se le ensanchan y empieza a temblar como un flan. Algo le ha alterado lo suficiente como para hacerle volver a la realidad.

El agente se vuelve intrigado. Los otros dos lo imitan.

En la tele del bar, unos jabalíes se pelean. Gruñen. Se muerden y se pegan zarpazos.

Un susurro sale por fin de los labios del muchacho.

—El bosque... El bosque está lleno...

# Uno

—Señores pasajeros, el comandante les informa que estamos a punto de aterrizar.

Vicent no presta atención. Los auriculares del *iPhone* lo mantienen sumergido en una pecera que ahoga todo lo que resuena a su alrededor.

*Now the writing's on a wall. It won't go away. It's an omen*

Mira por la ventanilla. A medida que se acercan, el aeropuerto se engrandece a su izquierda. Las pistas, los hangares, la torre de control.

¡Ya era hora! ¿Cuánto hemos tardado? Echa un vistazo al Rolex. Cuarenta y siete minutos.

Reniega en voz baja. El viaje se le ha hecho eterno. Un vuelo sin primera clase, con asientos estrechos e incómodos.

—Por favor, abróchense los cinturones y asegúrense de que la bandeja esté plegada.

La azafata les hace señales desde el pasillo para que sigan las instrucciones. Vicent sonrío y finge hacerle caso.

Cuando la chica desaparece por el pasillo, saca una papeлина del bolsillo. Dentro hay un puñado de pastillas blancas.

Comprueba que no le mire nadie, coge un par y se las traga.

*It won't go away. It's an omen. You just run out of automation. Now, now.*

Cierra los ojos, abre los pulmones. El aire mil veces reciclado de la cabina que le entra por la nariz ya no le parece tan asfixiante. De repente se siente mucho mejor. Lo necesitaba.

Cuando vuelve a guardar la papelina, los dedos topan con el borde de una tarjeta de cartón.

—Informamos a los pasajeros que las maletas estarán disponibles para ser recogidas en breve en la sala 1. Saldrán por la cinta B. Sala 1, cinta B.

Coge la tarjeta y la lee otra vez.

## LA FLORESTA

### *Centro educativo especial en plena naturaleza*

Ninguna dirección. Ni una foto del centro. Solo un nombre y un teléfono de contacto.

Da igual. Da igual dónde esté, da igual el aspecto. *Especial*: eso es lo que cuenta. No es más que el eufemismo para otro de esos balnearios donde los padres con pasta aparcan a los hijos problemáticos cuando las escuelas cierran en verano.

Ya ha visitado unos cuantos. Solarios, playas privadas, pistas de pádel, gimnasios, hidromasajes. Prisiones envueltas en papel de regalo y lacitos. Prisiones donde no cuesta mucho aflojar los tornillos de los guardias. Unos cuantos billetes de cien y te dejan hacer lo que quieras. Incluso se



convierten en tus siervos. Todo el mundo tiene un precio, lo sabe bien.

*It won't go away. It's an omen. It's an omen. It's an omen.*

Vicent se saca un auricular de la oreja.

—La hora local es la una y veinticinco minutos. La temperatura es de treinta y siete grados centígrados.

Frunce el entrecejo. Ojalá el centro no esté demasiado lejos. Se muere de ganas de tirarse de cabeza a la piscina. Es lo que haría si estuviera en su casa, si no lo hubieran obligado a venir hasta aquí.

Cada año la misma historia. Su padre le dice que debe internarlo porque no sabe qué hacer con él.

-Necesitas que alguien te enderece, Vicent. ¡A mí ya no me haces ni puto caso! Lo que necesitas es un poco de disciplina.

Disciplina... Vicent le replica que no se meterá en otro avión unas cuantas horas ni que le aten. Como el año de aquel colegio en Suiza. Le faltó muy poco para abrir la puerta del avión en pleno vuelo y saltar al vacío. Solo se paró cuando le inyectaron un sedante.

Su padre se pone rojo de la ira. Le dice que ya está bien con tanta historia, que hará lo que él le diga, que la claustrofobia esa es una enfermedad de maricones, que se le ha acabado utilizarla como excusa para todo. Vicent le responde: «Prefiero ser marica y no un putero como tú».

Su padre explota y pierde los papeles.

—¿Cómo te atreves a hablarme así, desgraciado? ¡Te estás ganando una buena somanta!

La madre, como siempre, se mete por medio e intenta

calmarlo, antes de que coja un jarrón o un centro de mesa o lo que tenga más cerca y lo estampe contra el suelo. Vicent aprovecha para salir de la habitación.

Su padre sigue chillando como un energúmeno.

—Ya puedes ir preparando las maletas, ¿me oyes? ¡En esta casa todavía mando yo! ¡Si en el instituto estudiaras y te comportaras como una persona responsable, en verano podrías hacer lo que te saliera de los huevos!

La cabina se tambalea cuando las ruedas tocan el asfalto. Se agarra fuerte al asiento. Los aterrizajes no le gustan nada.

—Les agradecemos que hayan volado con nosotros y esperamos volver a verlos pronto.

«¡Y un rábano!», piensa Vicent mientras coge la mochila y sale del avión tan rápido como puede.

Se mete entre el rebaño de turistas que entra en la terminal, procurando evitar el contacto físico con ninguno de ellos. No se esfuerza mucho en disimular el asco que le provocan.

Le parece mentira que un aeropuerto de provincias pueda estar tan saturado, tan lleno de desgraciados que vienen a emborracharse por cuatro céntimos, convencidos de que así borrarán la mediocridad que los define.

Imbéciles...

Se les ve venir a la legua. Un grupo de *hooligans* sin estilo: camisetas baratas y llamativas, bermudas, chanclas con calcetines. Olor a cebolla y cerveza. Se le revuelve el estómago. Se tranquiliza pensando que si alguno de estos gamberros se acerca a medio kilómetro de La Floresta, los de seguridad lo dejarán como un colador.

Se deja llevar por la escalera mecánica hacia el piso superior y se cuelga la mochila a la espalda. Le resulta extraño ir cargado con una bolsa tan vacía. Su madre es inflexible en cuestiones de equipaje: no para hasta que le llena la maleta con montañas de ropa. Menos esta vez. Deben de ser las normas del centro, seguro. No importa: la VISA que lleva en la cartera le permitirá comprar todo lo que necesite.

Las puertas automáticas de la salida se abren con una sacudida ruidosa. Entra en un vestíbulo de diseño que se nota que acaban de remodelar. Paredes de vidrio, luces artificiales, columnas metálicas y carteles de bienvenida en muchos idiomas.

Vicent mira a derecha e izquierda. Busca su contacto entre aquella marejada de abrazos y besos, de acentos extranjeros, incesantes estallidos de flashes, bolsos y botellas de vino.

Entonces ve al hombre que lo espera: alto y delgado, despeinado, sin afeitarse. Su cabellera oscura y retorcida parece postiza, como una peluca barata. A medida que se acerca se da cuenta de que, efectivamente, lo es. Vicent piensa que debe de pasar mucho calor bajo aquella pelliza, solo para parecer aún más ridículo de lo que es. Qué estupidez.

El tipo sujeta la tapa de una caja de zapatos, un cartón donde han escrito BISENS con rotulador grueso. Al principio no se da cuenta. Después lo mira de nuevo y entiende que ese debe de ser su nombre, a pesar de los errores.

Tanta dejadez no le acaba de cuadrar. Lo normal es que lo pase a recoger una chica bien vestida, de esas que se contratan para lucir dientes y escote. Este mamarracho, en cambio, se ha encasquetado unas gafas de sol viejísimas, unos

vaqueros descoloridos llenos de manchas y unas camperas a punto de desintegrarse. No parece que le importe demasiado el aspecto que tiene.

Vicent se para delante de él, cabreado. Apunta al cartón con un dedo exigente.

—Deberías saber que mi nombre no se escribe así.

El individuo esboza una media sonrisa, suficiente para que se vea que le faltan un par de dientes en un lado. Inclina un poco la cabeza, una especie de saludo que se ve forzado, y luego se limita a dar la vuelta y empieza a caminar hacia la puerta. Visto desde atrás, parece un doble desgarrado de Clint Eastwood, sobre todo por la forma de caminar, como un villano sacado de un *western*, dispuesto a comerse el mundo a golpes de bota.

Vicent lo sigue, pensando que cuando lleguen a La Floresta se quejará a los responsables. ¿Cómo se atreven a enviar a un analfabeto, que ni le pregunta cómo ha ido el viaje ni se ofrece a llevarle los bártulos? Si su padre se llega a enterar, les montará un buen pollo. Con la de pasta que se habrá dejado, no tolerará que el servicio no esté a la altura.

Este desliz le da cierta ventaja, piensa Vicent, un punto donde presionarlos. Tendrán que satisfacer sus caprichos, relajar un poco las normas si no quieren que se arme la gorda. No les conviene un escándalo. Si corre la voz de que no tratan a los clientes como se merecen, La Floresta se quedará vacía en dos días.

Reconfortado por estos pensamientos, el chico se ajusta las correas de la mochila y comienza a calcular como sacará el máximo provecho de estas vacaciones forzadas.

## Dos

Fuera de la terminal, cuesta tragar el aire. El sol parece una antorcha y el calor golpea con furia el cuerpo de Vicent. Gotas de sudor le resbalan al instante por la frente y las mejillas. Mejor será que el vehículo tenga el aire acondicionado puesto a toda castaña, sino sí se enfadará. Se da cuenta de que el corazón le late más fuerte de lo normal y que se está empezando a marear un poco. Quizá no debería haberse tomado la última pastilla...

El aprendiz de Clint Eastwood atraviesa un paso de cebra y se adentra con grandes zancadas en el garaje del aeropuerto. Vicent acelera, pero le cuesta seguirlo entre las filas de coches aparcados. Mira a derecha e izquierda buscando el minibús típico de una escuela de lujo. No lo ve por ninguna parte.

Cuando Clint llega a la mitad del edificio, se detiene ante una furgoneta destartada, del color de una botella de champán barato. Una capa de polvo la recubre de punta a punta. La carrocería está llena de abolladuras y rayaduras y le falta un parachoques. Cualquiera diría que se va caer a trozos en cualquier momento.

Clint se quita las gafas con parsimonia y las guarda en el bolsillo de la camisa. Dos pupilas azules taladran al chico, que aparta la mirada instintivamente. El hombre abre la puerta de atrás y le hace un gesto con los dedos. No se esfuerza en ocultar cierto tono de cinismo en su voz cascada.

—Si quiere hacer el favor...

Vicent vuelve a repasar aquel trozo de chatarra con ruedas. No se lo puede creer. Algo no acaba de encajar.

—Pero... ¿Este es el vehículo de La Floresta?

Clint levanta un poco el tono de voz:

—¿Quieres subir de una vez? ¡No tenemos todo el santo día!

Vicent, sorprendido por el exabrupto, decide hacerle caso. Ese hombre debe de ser un desequilibrado, el loco del pueblo, el chalado que contratan en estos lugares para cubrir las cuotas de disminuidos que el ayuntamiento les obliga a tener en nómina. Es la única explicación posible. Mejor no llevarle la contraria, quién sabe si incluso es violento. Ahora solo quiere ponerse a cubierto de aquel sol de justicia. Luego ya lo oirán. ¡Vaya si lo oirán!

Vicent lanza la mochila dentro del vehículo y pasa al asiento de atrás. El ambiente está saturado de un perfume barato que le hace estornudar.

—¡Jesús!

La voz femenina, con un fuerte acento de la zona, le llega desde el otro lado del asiento. La mujer tiene un poco más de treinta años, pelo largo y oscuro. Viste de negro, con notas de un rojo deslucido en las uñas, los labios y el chicle que mastica ruidosamente.

Vicent se aposenta y deja la mochila entre los dos. Le mira con discreción los pechos, a punto de escaparse del escote de la camiseta. Parecen los de Madonna en sus buenos tiempos. No puede evitar imaginársela desnuda. Y le gusta, a pesar de la poca clase que tiene.

Esto ya le gusta más. Vicent se olvida del pringado que ha venido a recogerlo, de la furgoneta destartalada, del calor infernal, de todo. Las mujeres fáciles le van y esa Madonna tiene toda la pinta de ser una de ellas.

Cada verano pasa lo mismo. Un par de putitas del pueblo de turno se apuntan a trabajar en el colegio de la gente rica. Para ver si algún tonto las deja preñadas o les paga una rinoplastia. A Vicent se le dan bastante bien las tontas de ese tipo. Solo hay que poner cara de buena persona, mencionar que el padre es un constructor de éxito, bien conectado con los políticos locales, y se te abren de patas al instante. En estas escuelas de verano, si te lo montas bien, puedes mojar cada día sin demasiados problemas.

El golpe de la puerta al cerrarse interrumpe sus pensamientos.

Vicent sonríe seductoramente y le guiña un ojo a Madonna, que le corresponde inclinando la cabeza. Busca el cinturón de seguridad, pero no lo encuentra.

Clint, que se ha sentado al volante, gira la llave del contacto. El motor carrasquea. Hace unas gárgaras que no invitan al optimismo, pero Clint le da gas sin asustarse. Al final, el trasto se pone en marcha y empieza a coger velocidad.

Dejan el aeropuerto atrás, sorteando una rotonda y se meten por una carretera ancha que parece que vaya hacia las

montañas. Es extraño, piensa Vicent. Estaba convencido de que La Floresta estaría en la costa.

Para distraerse, decide flirtear un poco. Hay que aprovechar el tiempo.

—Hola, guapa... Me llamo Vicent. ¿Qué, eres una de las profesoras del centro?

Madonna no tiene muchas ganas de conversar. Le dedica una sonrisa breve y le quita la mochila de un tirón. Cuando Vicent reacciona, ya ha abierto la cremallera.

—¡Eh, eh! Pero ¿qué coño haces?

Madonna lo ignora y empieza a hurgar en el interior. Vicent lanza los brazos hacia ella, hecho una furia.

—¿Qué te has creído? ¡Devuélvemela ahora mismo!

Madonna es más rápida y le coge las dos muñecas a la vez. Con un gesto suave, las guía hacia la espalda del chico.

Vicent se detiene. No sabe de qué rollo va esta tía, pero le gustan las mujeres que toman la iniciativa. Cierra los ojos esperando que le caiga un beso.

Se oye un clac. Después Madonna se aparta de él con delicadeza.

Vicent intenta separar las manos y enderezarse. No puede hacerlo: acaba de esposarlo.

El chico sacude los puños con violencia.

—¿Qué es esto? ¿Qué cojones pasa aquí? Tú, subnormal, ¡haz algo! ¿No ves que esta loca me acaba de atar las manos?

Clint lo observa por el retrovisor sin dejar de conducir.

—¿Estáis todos colocados o qué? ¿De qué manicomio os habéis escapado, cabrones? ¡No sabéis con quién estáis tratando!



El vehículo entra en la cuneta y frena en seco. La cabeza de Vicent impacta con el reposacabezas del asiento delantero y rebota hacia atrás. Se queda unos segundos medio aturdido.

Clint se vuelve. Está serio. Ahora, además de un desequilibrado, parece peligroso de verdad.

—Tú te lo has buscado, niño... Todavía no tienes muy claro quién manda aquí, ¿verdad? No pasa nada, no pasa nada: ya lo aprenderás. Habrá tiempo para todo. De momento, estas medidas son para garantizar tu seguridad. Sería una pena que, por no saber comportarte, te pasara algo desagradable, me entiendes, ¿verdad?

Vicent enmudece. Una ola de desesperación lo paraliza.

De repente, cae en la cuenta: éstos dos no son de La Floresta. Lo están secuestrando.